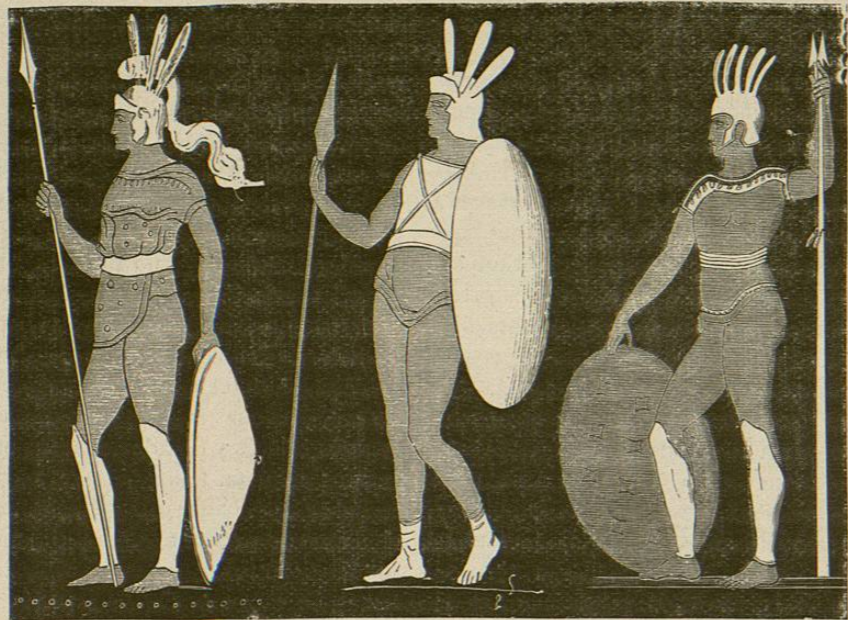


Batidos los etruscos cerca del valle de Vadimon, y derrotados y vencidos otra vez cerca de Perugia sublevada, esta plaza ocupada por una guarnición romana, las demás ciudades precisadas á pedir la paz y la Etruria en fin domada, tales fueron en este año los servicios de Fabio (1). Cuando á la vuelta de la primavera entró Decio en el país, sólo encontró pueblos dispuestos á tratar.

Fabio había ido á llevar al Sannio su fortuna, es decir su fama y su perseverancia. La confederación marsa había suministrado á los sannitas numerosos voluntarios, pero no se había declarado abiertamente por ellos. Como en los primeros días de Roma, sus enemigos mismos preparaban sus victorias por falta de unión entre sí: cuando los sannitas quedaron debilitados y vencidos los etruscos, entonces co-



Guerreros sannitas (dibujo tomado de la colección Campana)

la resolución de sostener la causa de sus hermanos de la montaña; pero Marcio tuvo tiempo de batir á los hérnicos en tres encuentros y obligó á este pueblo á someterse á discreción del senado, el cual quitó á sus ciudades su independencia con parte de su territorio, menos á tres de ellas que habían permanecido fieles (2).

De aquí corrió Marcio á desembarazar á su colega Cornelio bloqueado por los sannitas, á los cuales dejó fuera de combate habiendo hecho morder el polvo á treinta mil hombres. Durante cinco meses recorrieron las legiones todo el Sannio quemando casas y quintas, talando árboles frutales y matando hasta los animales. A su vuelta obtuvo el triunfo su general, á quien se erigió también una estatua ecuestre.

Con este honor inusitado quisieron los plebeyos glorificar á un cónsul de su orden, y hay que decir en elogio del senado, que cuando más tarde se quitaron las estatuas que embarazaban el Foro, fué respetada la de Marcio. Cicerón pudo aún verla.

Los sannitas se sostuvieron todavía durante una campaña, á pesar de la devastación de sus tierras: sólo después de haber visto sus plazas fuertes en manos de las legiones se decidieron á solicitar el término de una guerra que había

(1) Diodoro no habla de todas estas victorias de Fabio, que eran tradiciones de familia embellecidas por la imaginación y la vanidad.

(2) Tito Livio, IX, 43. Se les dió el derecho de ciudadanía sin sufragio, con prohibición de conservar relaciones entre sí. Las tres ciudades exceptuadas eran Alatrio, Ferentino y Verula, que conservaron entre sí el *ius connubii et commercii*.

nocieron los marsos y pelignios que su causa era la causa de toda Italia. Era demasiado tarde: Fabio los derrotó, sometió á Luceria después de siete años de insurrección, y sabiendo que su colega Decio retrocedía ante un grande armamento de umbrienses, fué á prestarle ayuda, dispersó el ejército de Umbria y recibió la sumisión de sus ciudades (308). Un nuevo proconsulado fué para él ocasión de nuevas victorias: cerca de Alifia hubo de envolver y acorralar un ejército sannita, obligándolo á rendir armas á vista de ojos de los embajadores florentinos, que en la ilusión de su orgullo quisieron imponerse como mediadores (308).

Entre los prisioneros se hallaron ecuos y hérnicos, y una información ordenada por el senado impelió á estos pueblos á las armas. Reunidos en el gran circo de Agnani, tomaron

durado más de una generación de hombres. Conservaron su territorio y todos los signos exteriores de la independencia, pero tuvieron que reconocer el poderío y majestad del pueblo romano (304).

Esta paz dejaba sólo á los ecuos expuestos á la cólera de Roma. Este pueblo tan inquieto se había hecho olvidar desde muy cerca de un siglo. Rechazado por las invasiones galas á lo más abrupto de las montañas, al O. del lago Fucino, y contenido por Tibur y Preneste, que le cortaban el camino del Lacio, no había tomado parte en la guerra latina; pero recordando el senado que algunos ecuos habían combatido en Alifia en las filas sannitas, envió contra ellos las legiones que habían vuelto del Sannio. En cincuenta días se les tomaron y quemaron cuarenta y una plazas, y después se les confiscó parte de sus tierras, concediéndoles el derecho de ciudadanía sin sufragio, lo que los colocaba en la condición de súbditos (304). Cinco años después, el temor inspirado por la coalición galo-sannita hizo que se les elevara á la categoría de ciudadanos (3). Una breve guerra con los marsos, sublevados por el establecimiento de una colonia romana en Carseoli, y un tratado concluido con los vestinos y los picenios son los únicos acontecimientos de los años siguientes. De este modo ponía Roma toda una masa de pueblos amigos entre los etruscos, los galos y los sannitas, á quienes había vencido, pero no desarmado.

Un episodio de aquel tiempo recuerda nuestra historia

(3) Formación de dos nuevas tribus: *Aniensis* y *Terentina*.

trágica de las grutas del Dahra. Roma no se desdénaba de vigilar esas agitaciones por las cuales acaban las guerras, pero por las que también se renuevan. Hombres que Tito Livio llama bandidos, y eran sin duda patriotas que no querían aceptar el yugo del extranjero, recorrían por grupos, más ó menos numerosos, el país úmbero. Unos dos mil tenían por refugio una profunda caverna, adonde fué un cónsul á cazarlos, y como los soldados que se arriesgaron á penetrar en ella fueron rechazados con piedras y con dardos, amontonaron leña á sus dos bocas, le pegaron fuego y lo mantuvieron vivo hasta que todos perecieron sofocados por el humo y el calor.

El mismo año sucedió otra aventura que el paduano Tito Livio refiere con mucha complacencia. Cleónimo, descendiente de un rey espartano, había ido con una escuadra á buscar fortuna al mar Adriático, cuyas costas entraba al pillaje. Encontrando bien guardadas las del país salentino por las legiones romanas, siguió su rumbo hasta el fondo del golfo y arribó á las playas de los venetos, cuyo territorio devastó. La protección de Roma no se extendía aún tan allá; pero los paduanos, acostumbrados á las armas por la vecindad de los galos, se arrojaron sobre los merodeadores, mataron á unos y persiguieron á otros hasta sus barcos, de muchos de los cuales se apoderaron. Muy orgullosa del triunfo obtenido sobre los lacedemonios, depositó Padua en su templo de Juno los espolones de los apresados barcos é instituyó una fiesta celebrada aún en tiempo de Augusto y en la cual un combate naval en el Brenta recordaba la victoria ganada á los piratas de Cleónimo.

II.—SEGUNDA COALICIÓN DE LOS SAMNITAS, DE LOS ETRUSCOS, DE LOS ÚMBEROS Y DE LOS GALOS (300-290).

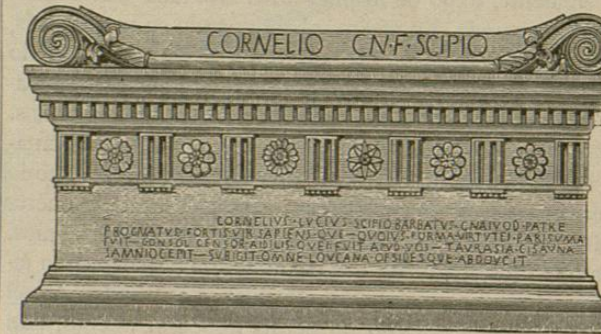
A contar de cuarenta años atrás los sannitas habían sido muchas veces derrotados; pero nada se había decidido aún, y la paz recién concluida no era sino un momento de descanso antes de la última pelea. Entre Roma y el Sannio había no ya una rivalidad de poderío, sino una cuestión de vida ó muerte, como quiera que creciendo con el éxito la ambición romana, había declarado Apio que el dominio de la república no debía acabar sino donde acababa Italia. La guerra, pues, fermentaba en todas partes y las chispas parciales que saltaban, guerra contra los ecuos, contra los marsos y muy luego contra Arretium y Narnia, anunciaban un nuevo incendio. En Arretium la poderosa familia de los Cilnios llamaba á un ejército romano que le ayudara á domar al pueblo de esta ciudad. Los Cilnios y el pueblo se reconciliaron, dice Tito Livio, «pero temo mucho que esta unión traída por el extranjero no se haya hecho en provecho de Roma; que aquí, como en Capua, como en todas partes no haya vendido al senado la aristocracia italiana la independencia del pueblo para salvar sus privilegios y su poder (1).» A lo menos, no puede explicarse la extraña conducta de los etruscos en este último período de la guerra sannita, sino por turbaciones interiores, por una deplorable rivalidad de un partido romano y un partido nacional, queriendo uno la paz y otro la guerra; de aquí las treguas tan á menudo rotas y las operaciones mal dirigidas.

Por entonces comenzaron los galos á hacer ruido en el mundo: sus belicosas tropas se agitaron en el valle del Danubio, de donde muy luego salieron para asolar la Grecia

(1) Tito Livio (XLII, 30) dirá más adelante, á propósito de otros pueblos y de otra aristocracia: *... plebs omnis, ut solet, deterioris erat... principum diversa studia... plures ex iis ita, si precipuam operam navassent, potentes sese in civitatibus suis futuros rati...*

y el Asia Menor. Italia sintió de rechazo tales movimientos; algunas bandas galas pasaron de nuevo los Alpes, é inquieto el senado de las disposiciones de los senones, tuvo que ponerse á cubierto de una irrupción repentina. En el año 300 se encuentra á los cónsules sitiando la ciudad umbriense de *Nequinum* (Narnia). Edificada sobre una roca por encima del Nar, dominaba esta plaza el paso de la Umbria al valle del Tíber, viniendo á ser así una de las posiciones más importantes de las cercanías de Roma. El senado estableció allí una fuerte guarnición. Con Carseoli y Alba Fucencia, colonizadas poco tiempo antes, completaba Narnia la línea de defensa que envolvía á la capital del Lacio (2).

En Narnia se encontraron sannitas entre los defensores de la plaza, como quiera que sus jefes preparaban un alzamiento general y por todas partes buscaban aliados. Los lucanos les habían prometido socorros; pero en el momento de obrar, pudo más el partido romano é hizo entregar rehenes. Los piceninos, vivamente solicitados, devolvieron



Sepulcro de Escipión Barbato

también al senado el mensaje que los llamaba á las armas, y la confederación marsa, fiel á sus rivalidades antiguas con los sannitas, hizo otra vez traición á la causa común.

Pero se ofrecieron otros aliados: los sabinos, en paz con Roma hacía siglo y medio, no quisieron abandonar en su última hora á un pueblo hermano. Los etruscos estaban absolutamente decididos: algunos años antes habían pagado galos para que fueran contra Roma; pero luego que los bárbaros tomaron el dinero: «¿Es esta toda vuestra largueza? les dijeron. Para ayudarnos contra los romanos queremos tierras.» Los úmberos habían unido su suerte á la de los etruscos, de manera que la guerra iba á extenderse desde la Cisalpina hasta el Bruttium ó Abruzzo. A esta coalición mal unida oponía Roma todas las fuerzas de los pueblos latinos y campanienses, desde el bosque Cimino hasta el Silaro, y lo que valía más que un ejército, la unidad de consejo y dirección.

La guerra comenzó en los dos extremos á la vez: en Etruria y en Lucania. Valerio Corvo, entonces cónsul por la sexta vez, fué encargado de la guerra etrusca, y espantado el enemigo al solo nombre de tal adversario, dejó devastar sus campos sin arriesgar una batalla (299). A la Lucania, los sannitas habían enviado un ejército para levantar los ánimos de su partido: Roma les intimó que lo retiraran; pero ellos ni quisieron oír á los feciales encargados de hacer la intimación. Luego al punto marchó el cónsul Fulvio sobre Boviano (298), batió al enemigo, engañado muchas veces por sus ardidés, y tomó la ciudad, mientras su colega Escipión Barbato ganaba una victoria sobre los etruscos (?) cerca de Volaterras.

(2) Sutri, Narnia, Carseoli, Alba Fucencia y las colonias del valle del Liris, Sora, Atina, Interamna, etc.

Estos triunfos fueron sin duda menores de lo que nos representan, ó el pueblo quiso dar desde las primeras campañas golpes decisivos, porque obligó al año siguiente á Fabio Ruliano, que salía de la edilidad, después de haber ejercido su célebre censura, á aceptar el consulado. Fabio, sin embargo, no aceptó sino á condición de tener por colega á P. Decio. Contra toda esperanza, los etruscos, que no querían comprometerse formalmente antes de la llegada de los galos, se mantuvieron á la defensiva, y los dos cónsules pudieron marchar hacia el Samnio.

Vencedores uno en Tiferno y otro en Melevento, permanecieron por espacio de cinco meses en esta provincia, devastando metódicamente el país, deteniendo sus legiones en los más ricos valles y no saliendo de allí hasta haberlo destruído todo. Decio tomó así en el Samnio cuarenta y cinco campamentos y Fabio ochenta y seis, que mucho tiempo después se reconocían en las ruinas y en la soledad de los alrededores (297).

Esta devastación sistemática, continuada por Fabio al año siguiente, hubo de inspirar á los samnitas una resolución desesperada. En efecto, abandonando su propio país, que no podían defender, se lanzaron á la Etruria al mando de Gelio Egnacio, y sublevando las ciudades que vacilaban aún, arrastraron á los úmberos y llamaron á los galos.

El espanto fué grande en Roma, y todavía lo aumentaron fatídicos augurios. Decíase que la estatua de la Victoria había descendido de su pedestal y vuéltose hacia la puerta Colina, por donde un siglo antes habían entrado los galos. ¿Quería la diosa huir de Roma, ó mostrar á su pueblo favorito de qué parte estaban el peligro y el triunfo? Aquel pueblo tan supersticioso no perdía nunca el aliento, aun cuando dudara de la asistencia de los dioses. En Roma se proclamó el *justitium*; cerráronse los tribunales, se suspendieron los negocios, se hizo el alistamiento de todos los hombres válidos, incluso los libertos, y se llamó del Samnio á Volumnio en auxilio de su colega Apio, que se embarazó con una sangrienta batalla. Pero la Campania estaba descubierta y otros samnitas se corrieron allá. Volumnio, que había venido rápidamente á su provincia, derrotó al enemigo y libertó siete mil cuatrocientos prisioneros. Esta victoria calmó un tanto los terrores de la ciudad, que la celebró con rogativas públicas.

Entretanto estaba Apio en una posición peligrosa: enfrente de él animaba el samnita Egnacio con su actividad y su odio aquella coalición del Norte de la península, acallando las rivalidades, exhortando á la unión y guiando á las gargantas del Apenino á los fieros senones.

El año 295 iba á ver grandes acontecimientos: así todos los sufragios llevaron á Fabio y á Decio al consulado. Extraordinarias precauciones revelaban la inminencia del peligro: noventa mil hombres lo menos, divididos en cinco ejércitos, se pusieron en pie de guerra. Uno de estos ejércitos invadió el Samnio, mientras con el nombre de colonias dos fuertes guarniciones ocupaban las ciudades de Minturna y Sinuesa para defender la Campania y la línea del Liris; otro, acampado al pie del Janículo, cubría la ciudad; el tercero, establecido cerca de Faleria, defendía sus aproches; el cuarto, mandado por Escipión Barbato, tomó posición en el territorio de los camertinos, desde donde observaba los movimientos de los galos; el quinto, en fin, formado de legiones consulares, tomó posición á campo raso.

Cuando vino Fabio á tomar el mando del ejército, la guardaba Apio encerrado en su campo, cuyas defensas aumentaba diariamente. El nuevo general se indignó de tantas precauciones, que asustan al soldado, y haciendo arran-

car las empalizadas tomó la ofensiva. Con todo eso, los galos atacan una legión apostada por Escipión cerca de Camerino, matan hasta el último hombre, y forzado el paso del Apenino se dispersan por la llanura, llevando al arzón de sus sillas ó en la punta de sus lanzas las ensangrentadas cabezas de los legionarios. Si los vencedores operan su reunión con los umbrienses y los etruscos, sin duda parece allí el ejército consular. Pero Fabio llama con una hábil diversión á los etruscos á la defensa de sus hogares, y corre á buscar al ejército galo-samnita á las llanuras del Sentino. El choque fué terrible: los carros de guerra de los bárbaros pusieron en fuga á la caballería romana y rompieron la primera línea de las legiones. Siete mil romanos del ala izquierda, mandada por Decio, habían mordido ya el polvo, cuando el cónsul se inmoló á ejemplo de su padre.

«Que delante de mí, — exclamó después de haber pronunciado la fórmula sagrada, — se precipiten el terror y la fuga, la sangre y la muerte, la cólera de los dioses del cielo y del infierno! ¡Que un soplo de destrucción aniquile las armas y las banderas enemigas!»

Y en diciendo esto, se lanzó á lo más recio de la pelea. El sacrificio del primer Decio había turbado á las legiones latinas; pero los galos eran inaccesibles á tales terrores religiosos, y la muerte de este cónsul no hizo sino aumentar su aliento. Toda el ala izquierda habría perecido si Fabio, vencedor de los samnitas, no hubiera llegado en su ayuda.

Cercados por todas partes, los bárbaros retrocedieron sin desorden, y abandonando una causa de que sólo eran auxiliares, volvieron á su país. Veinticinco mil cadáveres galos y samnitas cubrían el campo de batalla; ocho mil prisioneros quedaron en poder de los romanos; Egnacio había perecido, y sólo cinco mil samnitas pudieron volver á sus montañas.

Fabio derrotó aún un ejército que había salido de Perugia (1), y fué á triunfar á Roma. Detrás de su carro triunfal iban cantando los soldados las alabanzas de Decio: era la justicia del pueblo (295).

La coalición estaba disuelta: faltaba castigar sucesivamente á los que habían formado parte de ella, cuyos nombres no olvidará el senado. Pero los samnitas eran todavía temibles, á pesar de tales y tantas derrotas (2). Como un león herido de muerte, aquel indomable pueblo no murió sin hacer crueles heridas. El año siguiente derrotaron á un cónsul; en otro encuentro con ellos, Atilio Régulo se vió en tan inminente peligro de ser también derrotado, que hubo de ofrecer un templo á *Júpiter Stator*, y entrado el invierno, no se atrevieron los romanos á permanecer en el Samnio. Una diversión de los etruscos no dió felices resultados; el colega de Atilio les había impuesto una tregua de cuarenta años.

La guerra iba á concentrarse en el Apenino, y el hijo de Papirio fué allá con E. Carvilio. Como quince años antes, los caudillos samnitas invocaron la religión en auxilio del patriotismo y de la unión. El viejo Ovio Pacio reunió cerca de Aquilonia cuarenta mil guerreros: en el centro del campamento se alzaba una tienda de tela de lino, en medio de la tienda un altar y al rededor soldados con la espada desnuda. Después de misteriosos sacrificios, fueron entrando los más bravos, uno á uno, como otras tantas víctimas (3), y repitiendo cada guerrero las tremendas imprecaciones de

(1) Mató á los perusinos 4,500 hombres y les tomó 1,740 prisioneros, que pagaron por su rescate 310 ases cada uno (Tito Livio, X, 31).

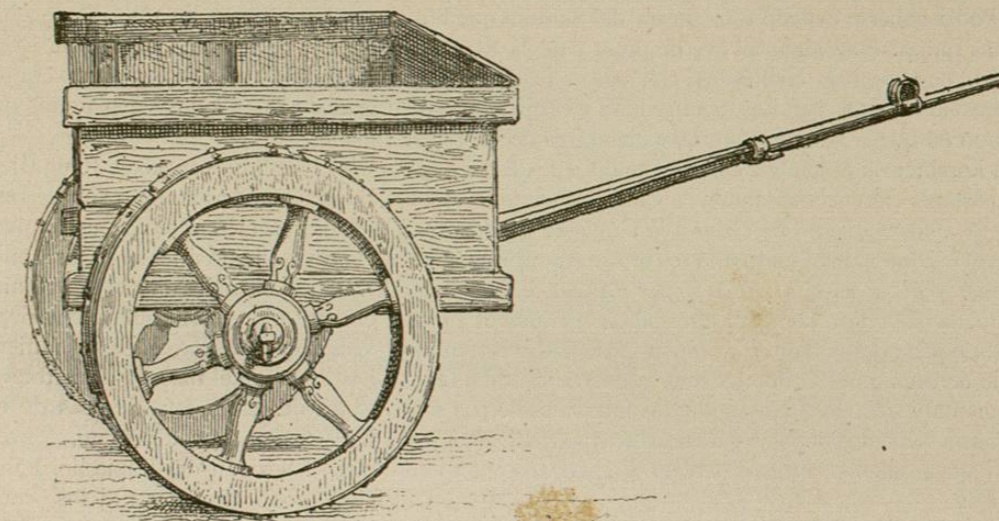
(2) *Dura illa pectora* (Tito Livio, X, 31).

(3) *Nobilissimum quemque genere factisque... magis ut victima, etc.* (Tito Livio, X, 38).

Pacio, se ofrecía con los suyos y con toda su raza á la cólera y venganza de los dioses, si revelaba estos misterios, ó rehusaba seguir á sus jefes á todas partes, ó huía del combate, ó no mataba con su propia mano al fugitivo. Algunos rehusaron y fueron degollados, y sobre sus cadáveres mezclados con las víctimas juraron los demás. Después, de aquellos, nombraron los generales diez, que á su vez eligieron diez guerreros, y así sucesivamente hasta diez y seis mil. Esta fué la legión del Lino, cuyos soldados, armados todos de brillantes armas, eran los más bravos y los más nobles guerreros del Samnio. Y cumplieron su juramento: treinta mil samnitas quedaron tendidos en el campo de batalla de Aquilonia, donde Papirio había mostrado los talentos militares de su padre.

Una defección de los faliscos llamó á Carvilio á Etruria y pocos días bastaron para hacer que retrocedieran los etruscos, siempre enemigos de Roma y temiendo siempre un combate decisivo. Los faliscos tuvieron que dar un año de haberes al ejército y pagar una multa de 100,000 libras de cobre (293).

A su triunfo hizo llevar Papirio 2.033,000 libras de cobre provenientes de la venta de los prisioneros, 1,330 de plata, tomadas de las ciudades y de los templos. Carvilio, por su parte, depositó en el tesoro 380,000 libras de bronce, distribuyó á cada soldado 200 ases y el doble á los centuriones y jinetes (1). Con el resto de su botín erigió á la margen derecha del Tíber el templo de *Fors Fortuna* (el Azar afortunado), singular divinidad para un pueblo que



Carro galo. (Museo de San Germán.)

tan poco daba al azar; las armas recogidas en el campo de batalla fueron repartidas á las colonias y á los aliados como trofeos, y de la parte que á él le cupo, hizo fundir una estatua colosal de Júpiter, que erigió en lo alto del monte Capitolino, desde donde dominaba la ciudad y todo el campo romano.

Viendo este inmenso botín recogido en una sola campaña, y la matanza del campo de batalla, y la venta de esclavos después de la victoria, se comprende la despoblación y miseria que por todas partes seguían á las legiones romanas. Después de medio siglo de tan desastrosa guerra, debía estar el Samnio bien devastado, y de los hombres que la habían visto comenzar bien pocos sin duda vivían aún. Quedaba uno, sin embargo, que desde el fondo del retiro donde acaso lo tenían encerrado las recriminaciones de sus conciudadanos, seguía con desesperación aquellos repetidos desastres: era el héroe de las Horcas Caudinas, el hombre que había creído en la fe romana. Los samnitas lo llamaron para que los acaudillara en su último esfuerzo, y Poncio Herenio reapareció victorioso al cabo de veintinueve años en las llanuras de Campania.

El hijo del gran Fabio, Fabio Gurges, se atrevió á atacarlo y fué batido; pero su padre obtuvo autorización del senado para ir á servirle de teniente. El vencedor de Peru-

(1) Se tienen por exagerados los números de Tito Livio, suponiendo que los montañeses del Samnio eran pobres. Es verdad, pero se olvida que por espacio de siglos habían recorrido al pillaje la Campania, la Apulia y la Magna Grecia; que los pueblos antiguos gustaban de atesorar y que los pueblos guerreros gastaban en armas gran parte de sus riquezas.

sa y de Sentino dió el último golpe de esta guerra: veinte mil samnitas quedaron en el campo de batalla y su caudillo fué hecho prisionero. Fabio Gurges triunfó: su padre seguía á caballo y detrás de ellos iba Poncio encadenado. Cuando el triunfador dejaba la vía Sagrada para subir al Capitolio, los lictores arrastraron á Poncio á la cárcel de Anco. Iba el uno á dar gracias á los dioses y el otro á entregar su cabeza al verdugo. Dos siglos después, el romano que conoció mejor la justicia, el hombre más dulce y benévolo, hablaba aún de los suplicios debidos á los vencidos (2). La guerra antigua era un duelo sin piedad.

Todavía un año continuaron las legiones persiguiendo los restos de los ejércitos samnitas, hasta que Curio arrancara, en fin, á este pueblo la confesión de su derrota. Un tratado cuyas cláusulas ignoramos lo puso entre los aliados de Roma (290). Para tenerlo á raya, Venusia entre el Samnio y Tarento, fué ocupada por numerosa guarnición.

No conocemos mejor las operaciones de Curio en la Sabina: sólo se dice que los sabinos hubieron de pagar con una parte considerable de sus tierras la asistencia que tan tardamente habían prestado á los samnitas. A su vuelta, después de haber penetrado hasta el Adriático, dice Curio estas palabras, que prueban cómo conducía Roma una guerra: «He conquistado tantos países que estas regiones no serían ya sino una vasta soledad, si para poblarlas tuviera menos prisioneros. He sometido tantos hombres, que no pudiéramos sustentarlos, si no hubiera conquistado tantas tierras.»

(2) Cic., in *Verr. act.*, II, v, 30: *Supplicia quae debentur hostibus victis.*

Así, distribuyó á cada ciudadano 7 arpentas. Para sí mismo no quiso otra recompensa.

Los sabinos tuvieron el derecho de ciudadanía sin sufragio, pero Reate, Nursia y acaso Amiterno quedaron simples prefecturas. Castro y Adria en el Adriático fueron colonizadas. Curio triunfó dos veces en el mismo año. Este honor hasta entonces sin ejemplo y el respeto que envolvía su nombre anuncian grandes servicios. La verdadera guerra del Samnio estaba acabada.

Por otras razones merecía Curio muy bien triunfar dos veces, porque había vencido á la naturaleza como á los samnitas. Desvió el Velino en el Nera y creó la magnífica cascada de Terni. Vencedores y vencidos no son ya, después de veintitres siglos, más que polvo, pero el maravilloso espectáculo que aquel hombre se diera dura todavía.

¿Podía haberse evitado esta guerra del Samnio que hizo tantas ruinas? Hay algo del ave de presa y de la fiera aun en muchos hombres civilizados: con mayor razón estaban desarrollados estos instintos de rapacidad y carnicería en un tiempo en que la humanidad estaba más cerca de su origen. Los hombres de la llanura y de la montaña, los labriegos y los pastores eran necesariamente enemigos, y en todos tiempos los unos hubieron de ceder á la tentación de cosechar las tierras que habían sembrado los otros. Roma, dueña por sí misma de la llanura latina, y por Capua, de la llanura campaniense, quiso contener tales pillajes periódicos y ejercer la policía del Apenino, y con su tenacidad acostumbrada lo consiguió por último: es toda la guerra samnita. Duró cincuenta y tres años (343-290); y los intervalos de paz sólo sirvieron á los dos pueblos para reparar sus armas, para respirar un momento, antes de volver á agarrarse cuerpo á cuerpo.

Así pues, con fatiga (1) pero al mismo tiempo con admiración é involuntario pesar, hemos seguido los incidentes de aquella desesperada lucha y la lenta agonía de un pueblo tan bravo: la audacia, el heroísmo, el amor á la patria, nada faltó á los samnitas, nada, sino la unión que solamente hace fuertes á los pueblos. Para elevarse al glorioso rango de las naciones es preciso muchas veces sacrificar preciosas, pero enervantes libertades. En los mismos campos no olvidaba el samnita la salvaje independencia de sus montañas. En Aquilonia, para obtener la última vez su obediencia, se vieron los jefes obligados á llamar en apoyo de su autoridad los más terribles misterios de la religión. Por eso pereció el Samnio y debió perecer, porque su victoria no hubiera arrancado ni la Italia ni el mundo al caos de que Roma supo arrancarlos.

III. — COALICIÓN DE LOS ETRUSCOS Y DE LOS SENONES. — GUERRA CONTRA LOS LUCANIOS (283-281).

El Lacio, la Campania, la Apulia y el Samnio sufrían la dominación ó la alianza de Roma; pero al Norte una parte de los etruscos era hostil, y los galos habían olvidado muy pronto su derrota del Sentino. Al Sur, bien que el pueblo samnita hubiera depuesto las armas, todavía quedaban algunas bandas, que rechazando toda avenencia con Roma, fueron á buscar refugio á las ásperas montañas de Calabria. Allí se extendían inmensos bosques, donde poco á poco hubo de formarse un nuevo pueblo, que los griegos y los romanos llamaban desdeñosamente esclavos insurrectos, los brucios ó abruzos. Griegos y lucanios veían con espanto acercarse á ellos la dominación romana, sobre todo Taren-

(1) *Quinam sit ille, quem pigreat longinquitatis bellorum scribendo legendoque, que gerentes non fatigaverunt?*

to, que mostraba creciente despecho ante los triunfos de la bárbara ciudad de las orillas del Tíber. Pero, ¿cómo reunir tantos pueblos para una acción común? Ni Pirro ni el mismo Aníbal lo hubieran conseguido. Sólo Roma hará este milagro, porque en tan grande empresa empleará dos fuerzas: la prudencia y el tiempo.

No hubo más que un momento de peligro serio: Arretium, gracias á los Cilnios, había permanecido fiel á la alianza de Roma, y los etruscos, sostenidos por un ejército de senones, vinieron á cercarla. Las legiones romanas corrieron en socorro de la plaza cercada, pero su jefe, siete tribunos y trece mil soldados quedaron en el campo de batalla y el resto cayeron prisioneros (283). Fué una de las más sangrientas derrotas que hubieran sufrido los romanos, y ella aumentó el espanto que les causaba el solo anuncio de una guerra con los galos. A las quejas que el senado presentó ante el consejo de los senones, su jefe Britomar, cuyo padre pereció en la batalla de Arretium, contestó degollando á los enviados como víctimas expiatorias que ofrecía á los paternos manes.

Si Roma no vengaba este ultraje, era perdida su fortuna. La indignación aumentó sus fuerzas y muy luego reunió dos poderosos ejércitos: con el primero, uno de los cónsules contuvo ó batió á los etruscos; con el segundo, atravesando Dolabela silenciosamente la Sabinia, entró por el Piceno en el territorio senon: allí incendió pueblos, mató hombres, vendió como esclavos niños y mujeres, sin abandonar el país hasta que de él hizo un desierto. Había llevado allí la venganza de Roma, que después de haber exterminado á los hijos de los vencedores, no se avergonzaba ya del rescate que se llevaran del Capitolio. Para impedir que los galos cisalpinos reemplazaran á los senones en aquella soledad, hizo que guardaran el país colonos enviados á Sena, al N. de Ancona, á Castro y á Adria en el Piceno. Como la dominación de los romanos había traspasado el Apenino al S. con la ocupación de Venusia, lo traspasaba también al N. con sus establecimientos en el Adriático, desde donde podía vigilar el valle del Po.

Los boyos (*boii*) cuyo territorio se extendía de Parma á Bolonia, se alarmaron ante el exterminio de un pueblo galo, y con los senones que habían podido sustraerse al filo de la espada romana, entraron en el valle de Arno por los desfiladeros que conducen de la Romanía á Florencia y recorrieron toda la Etruria, llamando á su causa á cuantos enemigos de Roma quedaban allí todavía. Llegado que hubieron cerca de Narnia, no lejos del fangoso pantano que llamaban el lago Vadimon, fueron detenidos por una derrota y una horrible carnicería: dos arroyos de sangre corrieron hasta el Tíber y enrojecieron sus aguas.

El año siguiente pidieron los boyos la paz (282); mas por espacio de dos años se vió el senado obligado á enviar ejércitos á Etruria. La victoria de Coruncanio sobre los vulcientes puso fin á esta guerra que casi había comenzado con Roma. A partir del año 280 el nombre de los etruscos no aparece ya en las actas triunfales.

Desde el día en que Fabio atravesó el bosque Cimino pudieron los augures toscanos predecir á su pueblo que se acercaba la noche de su vida y que aquel siglo décimo en que, según las antiguas profecías, debía perecer su nacionalidad, era llegado. La resignación le fué fácil: sus dioses habían hablado y los romanos no habían hecho más que cumplir el oráculo. ¿Por qué ni para qué resistirse al destino, sobre todo cuando Roma exigía tan poco, la vida era tan dulce y la naturaleza tan fecunda en aquel privilegiado suelo, donde nada faltaba para el placer y la molición? Un antiguo dice de los etruscos: «Renunciando á las virtudes de

que fueron tan celosos sus mayores, pasan la vida los toscanos en los festines ó entregados á vergonzosas sensualidades. Así han perdido la gloriosa fama de sus padres (1).» Podemos pues escribir aquí: *Finis Etruria.*

Durante estas operaciones en el Norte, pasaron rápidamente al Sur las hostilidades: la ciudad griega de Turio había solicitado el auxilio de Roma contra los lucanios, que todos los estíos devastaban sus campos. La primera expedición contra estos merodeadores no dió resultados positivos; pero en 282, se abrió camino Fabricio hasta Turio cuyo cerco hizo levantar y en que dejó algunas tropas. Locres, Crotona, Regio acaso, recibieron también guarniciones romanas. A su vuelta depositó Fabricio en el tesoro 400 ta-

lentos con el resto del botín, hizo grandes liberalidades á los soldados y restituyó á los ciudadanos lo que habían pagado aquel año por el impuesto de guerra: la ambición de los grandes y la avidez de los pobres se mostraron reconocidas.

La paz parecía devuelta á la península, y desde el Rubicón hasta el estrecho de Mesina, todo, menos Tarento, reconocía la majestad del pueblo romano ó solicitaba su alianza; pero la poderosa ciudad de las orillas del Taras, muy orgullosa de su origen espartano, de sus riquezas y de las numerosas naos que poblaban su puerto, el *mare Piccolo*, iba á encender una guerra más peligrosa para Roma que todas las sostenidas de sesenta años atrás.

CAPITULO XVI

GUERRA DE PIRRO (280-272)

I. — ROMPIMIENTO CON TARENTO. — PRIMERAS CAMPAÑAS DE PIRRO EN ITALIA (282-278)

Llegamos al momento en que Roma y Grecia van á encontrarse. La Grecia estaba entonces moribunda, y su fin indicaba que se había cumplido un nuevo período de la humanidad. Dejando al genio individual todo su vuelo, no encadenándolo ni con los lazos del sacerdocio ni con los de una suspicaz aristocracia, la Grecia había creado la libertad política, el arte y la ciencia; pero también del exceso de la libertad había nacido la anarquía social. Los griegos fueron en verdad un gran pueblo á quien debe la Europa su civilización, pero nunca fueron un grande Estado; y he aquí por qué heredaron otros sus trabajos. Roma representa la segunda edad del mundo europeo; es la virilidad después de la juventud, el pueblo de la acción después del pueblo del pensamiento, la ambición después del entusiasmo, la disciplina y el orden después de la libertad y la anarquía. Trazando el ideal de una ciudad griega (2) Platón y Aristóteles apenas admiten algunos millares de ciudadanos y condenan hasta la fecundidad de las mujeres; Roma hace ciudadanos hasta de sus mismos enemigos y prepara á sus súbditos á serlo. Así su prosperidad durará siglos, mientras la de las ciudades griegas había durado algunos años apenas. Esparta sucedió á Atenas, Tebas á Esparta, y la Macedonia á las tres. Después, muerto Alejandro, y con él sus vastos designios, desde el Indo hasta el Adriático un inmenso desorden vino á agitar y conmover su imperio; confusión sin grandeza, caos de que la vida no debía salir. La moralidad se rebaja, las nacionalidades se olvidan; todos combaten contra todos por un poco de oro ó de poder, la

guerra viene á ser un oficio como en Italia, como en Alemania en las épocas más desastrosas de su historia, y algunos soldados mercenarios dan ó quitan las coronas.

Esta decadencia general de la raza griega se dejaba sentir también en Sicilia y en la Magna Grecia. En Sicilia había acabado ya la brillante dominación de Agátocles, y por donde quiera se alzaban tiranos. Hicetas en Siracusa, Fintias en Agrigento, Tindarión en Tauromenio, Heráclides en Leontini, etc. Al Oeste se fortalecía Cartago; al Norte los mercenarios de Agátocles se apoderaban de Mesina por traición y pasaban á cuchillo á sus habitantes, si bien perdonando á las mujeres, y desde allí extendían sus correrías á toda la isla hasta Gela, hasta Camarino, que entraban á saco. Al Norte del estrecho, Regio, tan duramente tratada por Dionisio el Antiguo; Locres, arruinada por su hijo; Metaponto, casi destruída por Cleónimo y Agátocles; Turio, que había reemplazado á Síbaris sin encontrar su poder; Crotona, tomada tres veces por Agátocles y por Dionisio, todas ellas cercadas por los lucanios y los brucios, vivían miserablemente en medio de continuas inquietudes. Tarento era una excepción; pero aquellos dorios, que eran ya los más ricos comerciantes de Italia, habían caído en una disolución de costumbres que los hacía incapaces de sostener una lucha seria; sin embargo, tenían el orgullo que da la riqueza, y se indignaban de oír resonar en toda Italia el nombre de aquellos bárbaros de las orillas del Tíber, tan incapaces de ejecutar una obra de arte como de ordenar un festín.

El senado había añadido á la guarnición romana de Turio una escuadra de diez galeras para cruzar el golfo.

Un día que el pueblo tarentino estaba reunido en el teatro, en frente de la mar, aparecieron las naos romanas á la entrada del puerto. Un demagogo, Filócaris, exclama al verlas, que según los antiguos tratados, los romanos no tienen el derecho de pasar del cabo Lacinio. Los tarentinos entonces corren á sus naves, atacan las galeras romanas, echan á pique cuatro, apresan otra cuya tripulación pasan á cuchillo, y alentados con tan fácil triunfo quieren también echar de Turio á la guarnición romana, empezando por pillar la ciudad. Muy luego se presenta un embajador romano pidiendo reparación del atropello; pero es recibido con burlas y ultrajes, y hasta un bufón se atreve á manchar de fango la toga del embajador. «Reid, dice Pos-

(1) Diod., V, 40. Teopompo y Timeo decían mucho más... *familias nudas ministrare viris... communes mulieres*, etc. Athén. *Deipnosoph.*, VII, 14 y IV, 38.

(2) Platón no quiere más que 5,040 ciudadanos (*Leges*, V). Hay que exponer, dice, los hijos nacidos de padres pobres ó muy viejos, los hijos naturales ó deformes. No se debe sobrecargar á la república (*Rep.*, V). Aristóteles quiere que se fije el número de matrimonios y el de los hijos que ha de criar cada familia. Si la ley del país, dice, prohíbe exponer los hijos, hágase abortar á las mujeres (*Polít.*, VII, 14, 10). Quiere que el número de los ciudadanos sea tal que puedan todos conocerse (*Ibid.*, VII, 4). En otro lugar habla de los medios empleados por los cretenses para impedir el crecimiento de la población (*Polít.*, II, 7, 4).